



# EL PACTO ETERNO:

LOS ENCANTOS INCOMPARABLES DE CRISTO  
DE 1888 A CANAÁN PARTE 2



The background features a scenic landscape with a large, faint watermark of a cross and the text 'EL PROTO TIPO ETERNO: LOS ENCANTOS INCOMPARABLES DE CRISTO' overlaid. The main text is centered on a dark, semi-transparent rectangular area.

# La Fe de Jesús 'En el Getsemaní'



## Apocalipsis 14:12

Aquí está la perseverancia de los santos,  
los que guardan los mandamientos  
de Dios y la fe de Jesús.

## Mensajes Selectos T3 Cap. 21

El mensaje del tercer ángel es la proclamación de los mandamientos de Dios y la fe de Jesucristo. Los mandamientos de Dios han sido proclamados, pero la fe de Jesucristo no ha sido proclamada por los Adventistas del Séptimo Día como de igual importancia, la ley y el Evangelio van de la mano. 'La fe de Jesús' se habla, pero no se entiende...





# Experiencia Pacto Nuevo/Eterno































# Experiencia Pacto Nuevo/Eterno





En compañía de Sus discípulos, el Salvador se encaminó lentamente hacia el huerto de Getsemaní. La luna de Pascua, ancha y llena, resplandecía desde un cielo sin nubes. La ciudad de cabañas para los peregrinos estaba sumida en el silencio. Jesús había estado conversando fervientemente con Sus discípulos e instruyéndolos; pero al acercarse a Getsemaní se fue sumiendo en un extraño silencio...

Con frecuencia, había visitado, este lugar para meditar y orar; pero nunca con un corazón tan lleno de tristeza como esta noche de Su última agonía. Toda Su vida en la tierra, había andado en la presencia de Dios. Se hallaba en conflicto con hombres animados por el espíritu de Satanás, pudo decir: 'El que Me envió, está; no Me ha dejado solo el Padre; porque Yo, lo que a Él le agrada, hago siempre.' ...

**Pero ahora le parecía estar excluido de la luz de la presencia sostenedora de Dios. Ahora se contaba con los transgresores. Debía llevar la culpabilidad de la humanidad caída. Sobre el que no conoció pecado, debía ponerse la iniquidad de todos nosotros. Tan terrible le parece tan grande el peso de la culpabilidad que debe llevar, que está tentado a temer que quedará privado para siempre de Su Padre. Sintiendo cuán terrible es la ira de Dios contra la transgresión, exclama:**

**"Mi alma está muy triste hasta la muerte."**

Al acercarse al huerto, los discípulos notaron el cambio de ánimo en Su Maestro. Nunca antes le habían visto tan triste y callado. Mientras avanzaba, esta extraña se iba ahondando; pero no se atrevían a interrogarle acerca de la causa. Su cuerpo se tambaleaba como si estuviese por caer. Al llegar al huerto, los discípulos buscaron ansiosamente el lugar donde solía retraerse, para que su Maestro pudiese descansar. Cada paso le costaba un penoso esfuerzo. Dejaba oír gemidos como si le agobiase una terrible carga. Dos veces le sostuvieron sus compañeros, pues sin ellos habría caído al suelo...



Estos tres discípulos eran los compañeros más íntimos de Cristo. Con frecuencia habían pasado la noche con El en este retiro. Ahora deseaba que ellos pasasen la noche con El en oración. Sin embargo, no podía sufrir que aun ellos presenciasen la agonía que iba a soportar.

‘Quedaos aquí --dijo,-- y velad  
Conmigo.’



Fue a corta distancia de ellos -no tan lejos que no pudiesen verle y oírle-- y cayó postrado en el suelo.

Sentía que el pecado le estaba separando de Su Padre. La sima era tan ancha, negra y profunda que Su espíritu se estremecía ante ella. No debía ejercer Su poder divino para escapar de esa agonía. Como hombre, debía sufrir las consecuencias del pecado del hombre. Como hombre, debía soportar la ira de Dios contra la transgresión.



Como substituto y garante del hombre pecaminoso, Cristo estaba sufriendo bajo la justicia divina. Veía lo que significaba la justicia. Hasta entonces había obrado como intercesor por otros; ahora anhelaba tener un intercesor para sí. Sintiendo quebrantada su unidad con el Padre, temía que su naturaleza humana no pudiese soportar el venidero conflicto con las potestades de las tinieblas.



En el desierto de la tentación, había estado en juego el destino de la raza humana. Cristo había vencido entonces.

Ahora el tentador había acudido a la última y terrible lucha, para la cual se había estado preparando durante los tres años del ministerio de Cristo. Para él, todo estaba en juego. Si fracasaba aquí, perdía su esperanza de dominio; los reinos del mundo llegarían a ser finalmente de Cristo; él mismo sería derribado y desechado. Pero si podía vencer a Cristo, la tierra llegaría a ser el reino de Satanás, y la familia humana estaría para siempre en su poder.

Frente a las consecuencias posibles del conflicto, embargaba el alma de Cristo el temor de quedar separada de Dios. Satanás le decía que si se hacía garante de un mundo pecaminoso, la separación sería eterna. Quedaría identificado con el reino de Satanás, y nunca más sería uno con Dios.

Y ¿qué se iba a ganar por este sacrificio? ¡Cuán irremisibles parecían la culpabilidad y la ingratitud de los hombres!

Satanás presentaba al Redentor la situación en sus rasgos mas duros: El pueblo que pretende estar por encima de todos los demás en ventajas temporales y espirituales te ha rechazado. Está tratando de destruirte a ti, fundamento, centro y sello de las promesas a ellos hechas como pueblo peculiar. Uno de tus propios discípulos, que escuchó tus instrucciones y se ha destacado en las actividades de tu iglesia, te traicionará. Uno de tus más celosos seguidores te negará. Todos te abandonarán.

Todo el ser de Cristo aborrecía este pensamiento. Que aquellos a quienes se había comprometido a salvar, aquellos a quienes amaba tanto se uniesen a las maquinaciones de Satanás, esto traspasaba Su alma. El conflicto era terrible. Se medía por la culpabilidad de Su nación, de Sus acusadores y Su traidor, por la de un mundo que yacía en la iniquidad. Los pecados de los hombres descansaban pesadamente sobre Cristo, y el sentimiento de la ira de Dios contra el pecado abrumaba Su vida.



Mirémosle contemplando el precio que ha de pagar por el alma humana. En Su agonía, se aferra al suelo frío, como para evitar ser alejado más de Dios. El frío rocío de la noche cae sobre Su cuerpo postrado, pero El no le presta atención. De Sus labios pálidos, brota el amargo clamor: "Padre Mío, si es posible, pase de Mi este vaso." Pero aún entonces añade: "Empero no como Yo quiero, sino como Tú."

**El corazón humano anhela simpatía en el sufrimiento. Este anhelo lo sintió Cristo en las profundidades de Su ser. En la suprema agonía de Su alma, vino a Sus discípulos con un anhelante deseo de oír algunas palabras de consuelo de aquellos a quienes había bendecido y consolado con tanta frecuencia, y escudado en la tristeza y la angustia. El que siempre había tenido palabras de simpatía para ellos, sufría ahora agonía sobrehumana, y anhelaba saber que oraban por El y por sí mismos.**



¡Cuán sombría parecía la malignidad del pecado! Era terrible la tentación de dejar a la familia humana soportar las consecuencias de su propia culpabilidad, mientras El permaneciese inocente delante de Dios. Si tan sólo pudiera saber que Sus discípulos comprendían y apreciaban esto, se sentiría fortalecido.



La debilidad de sus discípulos despertó la simpatía de Jesús. Temió que no pudiesen soportar la prueba que iba a sobrevenirles en la hora de su entrega y muerte. No los reprendió, sino dijo: "Velad, y orad, para que no entréis en tentación." Aun en su gran agonía, procuraba disculpar su debilidad. "El espíritu a la verdad está pronto --dijo,-- mas la carne es débil."



El Hijo de Dios volvió a quedar presa de agonía sobre humana, y tambaleándose volvió agotado al lugar de Su primera lucha. Su sufrimiento era aun mayor que antes. Al apoderarse de él la agonía del alma, "fue Su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra."



Se había acercado a la consumación de Su obra como vencedor, habiendo ganado a cada paso la victoria sobre las potestades de las tinieblas. Pero ya había llegado la hora de la potestad de las tinieblas. Su voz se oía en el tranquilo aire nocturno, no en tonos de triunfo, sino impregnada de angustia humana.



Apartándose, Jesús volvió a Su lugar de retiro y cayó postrado, vencido por el horror de una gran obscuridad. La humanidad del Hijo de Dios temblaba en esa hora penosa. Oraba ahora no por Sus discípulos, para que su fe no faltase, sino por Su propia alma tentada y agonizante.

**Había llegado el momento pavoroso, el momento que había de decidir el destino del mundo.**

**La suerte de la humanidad pendía de un hilo.**



**Cristo podía aun ahora negarse a beber la copa destinada al hombre culpable. Todavía no era demasiado tarde. Podía enjugar el sangriento sudor de Su frente y dejar que el hombre pereciese en Su iniquidad. Podía decir: Reciba el transgresor la penalidad de su pecado, y Yo volveré a Mi Padre.**

**¿Beberá el Hijo de Dios la amarga copa de la humillación y la agonía?**

¿Sufrirá el inocente las consecuencias de la maldición del pecado, para salvar a los culpables? Las palabras caen temblorosamente de los pálidos labios de Jesús:

"Padre Mío, si no puede este vaso pasar de Mi sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad." Tres veces repitió esta oración.

Tres veces rehuyó Su humanidad el último y culminante sacrificio... Pero



¿Sufrirá el inocente las consecuencias de la maldición del pecado, para salvar a los culpables? Las palabras caen temblorosamente de los pálidos labios de Jesús:

"Padre Mío, si no puede este vaso pasar de Mi sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad." Tres veces repitió esta oración.

Tres veces rehuyó Su humanidad el último y culminante sacrificio... **Pero**

**Pero** ahora surge delante del Redentor del mundo  
la historia de la familia humana.

Ve que los transgresores de la ley, abandonados a si  
mismos, tendrían que perecer. Ve la impotencia del  
hombre. Ve el poder del pecado. Los ayes y  
lamentos de un mundo condenado surgen delante  
de El. Contempla la suerte que le tocaría,  
y **Su decisión queda hecha. Salvará al hombre, sea  
cual fuere el costo.**



Acepta Su bautismo de sangre, a fin de que por El los millones que perecen puedan obtener vida eterna. Dejó los atrios celestiales, donde todo es pureza, felicidad y gloria, para salvar a la oveja perdida, al mundo que cayó por la transgresión. Y no se apartará de Su misión.





Los mundos que no habían caído y los ángeles celestiales habían mirado con intenso interés mientras el conflicto se acercaba a su fin. Satanás y su confederación del mal, las legiones de la apostasía, presenciaban atentamente esta gran crisis de la obra de redención.

Las potestades del bien y del mal esperaban para ver qué respuesta recibirla la oración tres veces repetida por Cristo. Los ángeles habían anhelado llevar alivio al divino doliente, pero esto no podía ser. Ninguna vía de escape había para el Hijo de Dios.



En esta terrible crisis, cuando todo estaba en juego, cuando la copa misteriosa temblaba en la mano del Doliente, los cielos se abrieron, una luz resplandeció de en medio de la tempestuosa oscuridad de esa hora crítica, y el poderoso ángel que está en la presencia de Dios ocupando el lugar del cual cayó Satanás, vino al lado de Cristo.

No vino para quitar de Su mano la copa, sino para fortalecerle a fin de que pudiese beberla, asegurado del amor de Su Padre.



Vino para dar poder al suplicante divino-humano. Le mostró los cielos abiertos y le habló de las almas que se salvarían como resultado de sus sufrimientos. Le aseguró que Su Padre es mayor y más poderoso que Satanás, que Su muerte ocasionaría la derrota completa de Satanás, y que el reino de este mundo sería dado a los santos del Altísimo.

**Le dijo que vería el trabajo de Su alma y quedaría satisfecho, porque vería una multitud de seres humanos salvados, eternamente salvos.**



La agonía de Cristo no cesó, pero le abandonaron Su depresión y desaliento. La tormenta no se había apaciguado, pero el que era su objeto fue fortalecido para soportar su furia. Salió de la prueba sereno y henchido de calma. Una paz celestial se leía en Su rostro manchado de sangre.

**Había soportado lo que ningún ser humano hubiera podido soportar; porque había gustado los sufrimientos de la muerte por todos los hombres.**





¿Qué constituye la fe de Jesús, que pertenece al mensaje del tercer ángel?

¿Qué constituye la fe de Jesús, que pertenece al mensaje del tercer ángel?

Jesús se convirtió en nuestro portador de pecados para que pudiera convertirse en nuestro Salvador que perdona los pecados. Fue tratado como merecemos ser tratados. Él vino a nuestro mundo y tomó nuestros pecados para que podamos tomar Su justicia. Y la fe en la capacidad de Cristo para salvarnos amplia, plena y enteramente es la fe de Jesús. {3SM 172.3}

La iglesia es la depositaria del tesoro de las riquezas de la gracia de Cristo, y por medio de ella finalmente se hará manifiesta la revelación postrera y plena del amor de Dios al mundo que ha de ser iluminado con su gloria. La oración de Cristo de que su iglesia fuera una como él y el Padre, finalmente será contestada.

La rica dote del Espíritu Santo será dada, y mediante su influencia constante a los hijos de Dios, éstos llegarán a ser testigos en el mundo del poder de Dios para salvar

**Review & Herald/Sept. 5, 1893**



# Experiencia Pacto Nuevo/Eterno



Hay una sola forma en que podemos obtener un verdadero conocimiento del yo.

Debemos contemplar a Cristo.

**La ignorancia de Su vida y Su carácter induce a los hombres a exaltarse en su justicia propia.** Cuando contemplemos Su pureza y excelencia, veremos nuestra propia debilidad, nuestra pobreza y nuestros defectos tales cuales son...



Nos veremos perdidos y sin esperanza, vestidos con la ropa de la justicia propia, como cualquier otro pecador. Veremos que si alguna vez nos salvamos, no será por nuestra propia bondad, sino por la gracia infinita de Dios...

La oración del publicano fue oída porque mostraba una dependencia que se esforzaba por asirse del Omnipotente. El yo no era sino vergüenza para el publicano.

Así también debe ser para todos los que buscan a Dios. Por fe, **la fe que renuncia a toda confianza propia**, el necesitado suplicante ha de aferrarse del poder infinito...



Ninguna ceremonia exterior puede reemplazar a la fe sencilla y a la entera renuncia al yo. Pero ningún hombre puede despojarse del yo por sí mismo. Sólo podemos consentir que Cristo haga esta obra...



Entonces el lenguaje del alma será: Señor, toma mi corazón; porque yo no puedo dártelo. Es tuyo, manténlo puro, porque yo no puedo mantenerlo por ti. Sálvame a pesar de mi yo, mi yo débil y desemejante a Cristo. Modélame, fórmame, elévame a una atmósfera pura y santa, donde la rica corriente de tu amor pueda fluir por mi alma.

No sólo al comienzo de la vida cristiana ha de hacerse esta renuncia al yo. Ha de renovársela a cada paso que se dé hacia el cielo. Todas nuestras buenas obras dependen de un poder que está fuera de nosotros.



**Mientras más nos acerquemos a Jesús, y más claramente apreciemos la pureza de su carácter, más claramente discerniremos la excesiva pecaminosidad del pecado, y menos nos sentiremos inclinados a ensalzarnos a nosotros mismos. Aquellos a quienes el cielo reconoce como santos son los últimos en alardear de su bondad...**

**Ninguno de los apóstoles o profetas pretendió jamás estar sin pecado. Los hombres que han vivido más cerca de Dios, que han estado dispuestos a sacrificar la vida misma antes que cometer a sabiendas una acción mala, los hombres a los cuales Dios había honrado con luz y poder divinos, han confesado la pecaminosidad de su propia naturaleza...**

No han puesto su confianza en la carne, no han pretendido tener ninguna justicia propia, sino que han confiado plenamente en la justicia de Cristo. Así harán todos los que contemplan a Cristo.

Para poder hacer frente a los requerimientos de la ley, nuestra fe debe aferrarse de la justicia de Cristo, aceptándola como su justicia. **Mediante la unión con Cristo**, mediante la aceptación de Su justicia por la fe, podemos ser hechos idóneos para realizar las obras de Dios, para ser colaboradores con Cristo.

## **MENSAJES SELECTOS TOMO 1**

### **59. La Perfecta Obediencia Mediante Cristo**



# Experiencia Pacto Nuevo/Eterno

